

Vida cotidiana

Hace aproximadamente una década aparecieron numerosas historias de la vida cotidiana, clara reacción al acostumbrado modo de mirar y de leer el pasado de las culturas que lo reducía a narraciones de grandes acontecimientos y a biografías de grandes personajes. Estudiar la vida cotidiana ha supuesto recuperar el entramado de relaciones, los fundamentos de las causas, el contexto de los significados, es decir, el *locus* donde cobran sentido los hechos fundantes y los héroes de cada civilización. En esta línea Javier Sábada, en su reciente libro *El hombre espiritual*, con la intención de fundamentar la dimensión ética para este nuevo milenio, dice que no son los actos puntuales ni las heroicidades sino lo cotidiano lo que constituye al ser humano, y por tanto donde reside su auténtico ser ético. Una primera conclusión será, entonces, que el hombre (los hombres y las mujeres para ser coherentes) y su historia (historias) no se realizan en lo que es puntual y episódico, sino gracias a lo cotidiano. La vida es vida cotidiana, no hay otra.

Lo cotidiano se teje a partir de las actividades repetidas. ¿Se ha parado a pensar en la retahíla de cosas que hace todos los días? (apagar el despertador, afeitarse, desayunar, etc.). Algunas de ellas se imponen, como comer o dormir, pero otras son elegidas más o menos conscientemente (por ejemplo, hablar con la familia o ver la televisión). Esta selección es decisiva y revela los valores que de verdad gobiernan nuestras existencias aunque pueda darse el caso de que sean unos los valores vividos y otros muy distintos los que se sueñen o deseen. Así pues, se podría sentenciar "dime como son tus días y te diré cuáles son tus valores".

Sin embargo no siempre se logra que en la vida cotidiana se halle el sentido a la propia existencia, en la realización y disfrute de los valores supuestamente queridos y en aparente libertad. No son infrecuentes, por ejemplo, las personas que anhelan la llegada del fin de semana o de las vacaciones para salir del pozo negro de la rutina en la que están inmersos.

Piense cuál es su situación vital cotidiana, sus rutinas, y piense en la que viven sus hijos o alumnos, mejor hablelo con ellos. Pregúntese cómo desearía que fuesen los días para usted y para sus hijos o alumnos. Si es importante tomar en serio la vida cotidiana, dándole sentido y llenándola de los valores que cada uno estima, entonces es innegociable que sea así la educación de nuestros hijos y alumnos.

En este sentido hay muchas ilusiones y esfuerzos que se están haciendo, y subrayar su trascendencia no irá sino en beneficio de todos. Por un lado están los Proyectos Educativos de la familia. Parejas que dedican tiempo a pensar y a hablar sobre qué tipo de hombres y mujeres quieren que sean sus hijos e hijas, que piensan qués y cómo, dejando siempre espacio para la expresión de la individualidad y la libertad de sus hijos. De todo ello lo único imprescindible es el diálogo afectivo entre los miembros de la familia, los acuerdos son siempre revisables y modificables. Suelen ser proyectos llenos de afecto, respeto, libertad, comunicación, alegría, apertura, esperanza, experiencia, etc.

Por otro la escuela. Su reto es educar en y para la vida cotidiana. Hacia este fin apunta la educación que mira al nuevo milenio, perder la oportunidad sería fatal. La importancia que hoy se da al contexto del alumno no es sino tener bien presente su cotidianidad, lo que les está facilitando las redes de relaciones y significados. Ahí, en su contexto, es donde hay que educar y no en la ilusión de alumnos atemporales, asépticos, inmóviles, insensibles ... atípicos. Los ejes transversales se incorporan a los contextos, a las cotidianidades respectivas como valores vividos por la comunidad educativa, aceptados libre y responsablemente por la escuela y la familia y no sólo como valores estimados por la sociedad. ■